

bre el puño del baston y la barba sobre las manos, habla en alta voz, mirando adelante y sin dirigirse á nadie. ¿Debo yo tomar como dicho para mí lo que dice de la imprudencia de los bañistas, de sus vestidos de batista clara, de la tontería de salir al jardin despues de cenar, en este país donde es mortal la frescura de las noches? ¡Mal hombre! Imagino que sabe que esta noche debo yo pedir para la propagacion de la fe en la puerta de la iglesia. El Padre Olivieri debe referir en el púlpito su mision en el Thibet, su cautiverio, su martirio, y la señorita Bachellery cantará el *Ave María* de Gounod. Cuando esta fiesta religiosa concluya, comenzará la mia, pues volveré á la fonda en procesion por todas las callejuelas negras del pueblo, rodeada de linternas; será una verdadera retreta con hachones. Si es un consejo lo que monsieur Bouche-reau me da, no quiero tomarlo; es demasiado tarde. Ademas, caballero, yo tengo carta blanca de mi mediquillo, que es mucho más amable que vos, y me ha permitido que para concluir dé una vuelta de vals en el salon de la fonda. ¡Oh! ¿nada más que una? Ya veremos.... Cuando yo bailo demasiado, todo el mundo anda detras de mí: no comprenden cómo puedo bailar tanto siendo tan delgada como un junco, y que una parisiense nunca enferma por bailar mucho. «Tened cuidado....» «No os fatigueis más....» Uno me trae el chal, otro cierra las ventanas para que no me resfrie; pero el más obsequioso es el jóven que columpia á la jóven Bachellery.... Entre nosotras, te diré que imagino que este señorito, desesperado con la frialdad de Alisa, ha puesto los ojos en mí y me hace la corte. ¡Desgraciado! pierdes el tiempo; mi corazon no me pertenece; es de Bompard.... Pues bien; no, no es de Bompard, y ya sé yo que tú lo sospechas; no es Bompard el personaje de mi novela. Es.... es.... más no; tanto peor, mi hora de inhlacion ha pasado. Ya te lo diré otro dia, adusta señorita.»

## XII.

## Una estacion balnearia.

(CONTINUACION.)

La mañana que el *Periódico de los Bañistas* anunciaba que Su Excelencia, el Ministro de Instruccion pública, y su agregado monsieur Bompard, con todo su acompañamiento, se habian apeado en los *Alpes del Delfinado*, la emocion fué intensa en las fondas inmediatas. Justamente la *Lacta* guardaba hacia dos dias á un obispo católico de Ginebra, para mostrarlo en el momento oportuno, ademas de un consejero general, de un juez de Chandernagore, un arquitecto de Boston, y en fin, toda una hornada: en la fonda de *La Chevette* esperaban á un diputado del Rodano con su familia; pero el diputado, el juez, todo desapareció arrebatado, perdido en la estela inflamada, gloriosa, que seguia por doquiera á Numa Roumestan: nadie se ocupaba ni hablaba más que del Ministro. Todos los pretextos se empleaban para introducirse en los *Alpes del Delfinado* para pasar delante del saloncillo del piso bajo, y para entrar en el jardin donde el Ministro comia entre las señoras de su familia y su agregado, para verle jugar á las bolas, juego á que son tan aficionados los meridionales, con el Padre Olivieri de las misiones, santo varon velludo como un oso, que á fuerza de vivir entre salvajes habia tomado sus costumbres, lanzando gritos formidables al apuntar las bolas, que levanta



ba sobre su cabeza con movimientos violentísimos. La hermosa figura del Ministro, la natural nobleza de sus maneras, le ganaron todos los corazones; sobre todo, su simpatía por los humildes. Al siguiente día de su llegada los dos camareros que le servían anunciaron al dueño de la fonda que el Ministro los llevaba á París para su servicio personal. Eran buenísimos servidores, y la señora Laugeron hizo una mueca, aunque disimulando para que Su Excelencia no se apercibiese, ya que su estancia honraba tanto su establecimiento. Llegaron de Grenoble el prefecto y el rector vestidos de gala para ofrecer sus homenajes á Roumestan. El Abad de la Gran Cartuja, en la que se fabrica el famoso *chartreuse*, le envió con mucha pompa una caja de su sibarítico licor extrafino. Roumestan había ganado contra los remonstratenses el ruidoso pleito que ambas órdenes religiosas sostuvieron sobre la propiedad de su licor. Por último, el prefecto de Chambéry llegó para tomar sus órdenes respecto á la ceremonia de poner la primera piedra del nuevo liceo, que le daba ocasion para un discurso-manifiesto y para hacer una revolucion en los usos universitarios. El Ministro les pedía un poco de reposo; los trabajos parlamentarios lo habían fatigado y necesitaba tomar aliento, esparcirse en medio de los suyos, y preparar despacio el discurso que había de pronunciar en Chambéry, cuyas consecuencias serian considerables. El señor prefecto, que comprendía esto perfectamente, sólo pedía cuarenta y ocho horas de tiempo para dar á la ceremonia el brillo necesario. La falta de piedra había esperado dos meses y podía aún aguardar la buena voluntad del ilustre orador.

La verdad era que Roumestan no se detenía en Arvillard por estar agobiado de fatiga, ni por la necesidad de preparar su discurso, pues era un improvisador maravilloso, sobre quien el tiempo y la reflexion producian el efecto de la humedad sobre el fósforo: lo que le detenía era la presencia de

Alisa Bachellery. Después de cinco meses de conversacion apasionada, Numa no había adelantado con su «chiquita» más que el día de su primera cita. Frecuentaba la casa, saboreaba la *bouillabaisse*, guisote en cuya confeccion sobresalía madame Bachellery, y también las coplillas del antiguo director de las *Folies Bordelaises*, agradeciéndoles todos estos favorcillos con una porcion de regalos, tales como ramos, palcos ministeriales en los teatros, billetes para asistir á las secciones del Instituto y de las Cámaras, y hasta las palmas de oficial de Academia, que hizo dar al cancionero, sin que, á pesar de todo, adelantara en sus amorosas pretensiones. No era, sin embargo, uno de esos novicios que van á pescar sin saber ántes reconocido el agua y echo provision de carnada para el anzuelo. La causa de su mal éxito consistía en que tenía que habérselas con la dorada más sutil, que se divertía con sus precauciones, picaba el anzuelo, alimentando alguna vez su ilusion de haberlo cogido, y se escapaba muy lista dejándole la boca seca con el dedo, el corazon agitado con las emociones del roce ondulado y tentador. Nada más enervante que este juego; pero lo cierto es que sólo dependía de Numa el hacerlo cesar, dando á su chiquita lo que le pedía, y que no era mucho: el nombramiento de primera cantatriz de la ópera, un contrato para cinco años y la paga que se da á los grandes artistas á quienes llaman estrellas, beneficios, puesto preferente en los anuncios, y todo ello escrito en papel sellado, y no sobre palabra garantizada por un apretón de mano como los de Cardaillac. Ella no se fiaba ya en vanas palabras: eso de decir «Yo respondo..... es como si ya lo tuvierais.....» con que Roumestan hacía cinco meses que la estaba engañando.

Este se encontraba entre dos exigencias. Cardaillac decía que sí, si el Ministro renovaba el contrato del teatro, lo que era imposible, porque su presencia al frente de la primera es-



cena lírica era un escándalo, una mancha, herencia de los vicios administrativos del Imperio. La prensa no dejaría de reclamar contra el jugador que había quebrado tres veces, que no podía ostentar en el pecho su cruz de oficial de la Legión de Honor, el único que dilapidaba sin vergüenza los dineros públicos. Fatigada, al fin, de no poder pescar, Alisa rompió la caña y se escapó arrastrando el anzuelo.

Un día llegó el Ministro á casa de los Bachellery, y se encontró con que las pájaras habían volado, y tuvo que contentarse con el padre, que le recitó su última canción:

Dame de lo que tienes,  
Y de lo que tengo te daré....

Esforzóse por tener paciencia todo un mes; pero volvió á ver al cancionero, que tuvo á bien recitarle el estribillo de su nueva copla:

Cuando el salchichon va, todo va....

y advertirle además que las señoras se encontraban tan bien en los baños, que pensaban quedarse otro mes. Entonces Roumestan se acordó de la primera piedra del liceo de Chambery que había prometido ir á poner él mismo, promesa que, como tantas otras, no cumpliera si Arvillard, por una circunstancia providencial, no se encontrara junto á Chambery.

El Ministro y la jóven artista se encontraron desde el primer día en el jardín de la fonda. Como si ella no supiera, lo mismo que todo el mundo, con ocho días de anticipación la próxima llegada del Ministro, hizo de nuevas al verle.

— ¿Vos aquí? exclamó.

Él, con su *aire ministro*, entre imponente y afable, le respondió:

— Vengo á ver á mi cuñada.

Mostróse él sorprendido de que la señorita Bachellery es-

tuviere aún en los baños; pero ella le dijo con marcada malicia:

— ¿Qué queréis? es necesario que me cuide, puesto que Car-dailiac se empeña en que mi voz no está buena.

Dicho esto, saludó á Su Excelencia, y se alejó haciendo un gorgorito con voz clara como la de un ruiseñor; pero desde aquel día ya no fué la niña precoz que brincaba por la fonda y que jugaba con los niños, desarmando á las mamás más severas, á los eclesiásticos más suspicaces, con la ingenuidad de su risa y con su puntual asistencia á la misa. La alocada chiquilla se trasformó súbitamente en la chica de los Bufos, que se rodeaba de jóvenes adoradores, improvisaba fiestas y cenas, que la madre, siempre presente, no defendía más que á medias de las interpretaciones de las malas lenguas. Por las mañanas, un carruaje descubierto esperaba delante de la puerta de la fonda, una hora ántes de que las señoras se presentaran ostentando sus blancos trajes, y una alegre cabalgata las esperaba también: todo lo que había de libre, de jóven en los *Alpes del Delfinado* y en las fondas inmediatas era de la partida: el juez, el arquitecto americano, y sobre todo, el jóven que columpiaba á la Bachellery, y á quien ésta ya no desesperaba con sus inocentes salidas de niña. Lleno de chales para abrigarse á la vuelta, y con una gran canasta de provisiones en el pescante, el carruaje, rodeado de jinetes, atravesaba el país, al gran trote, camino de la Cartuja de San Hugon. Luégo trepaban hasta las cimas negras de las montañas, desde donde los pinos parece van á precipitarse en los torrentes espumosos. Mas el día no les parecía completo á los de la jira sino cuando una de esas tormentas tan comunes en las montañas, con sus relámpagos y granizos correspondientes que espantan á los caballos, no dramatizaba, por decirlo así, el paisaje, preparando una vuelta que produjera sensación, con la pequeña Bachellery en el pescante, cubierta con un sobretodo de



hombre, su toca adornada con una pluma de gallina, con las riendas en una mano y el látigo en la otra, arreando enérgicamente á los caballos para calentarse, y contando, en cuanto se apeaba, los peligros de la excursion, con vivo entusiasmo, la voz aguda y brillantes los ojos, efecto de la viva reaccion de su juventud contra el frio del chaparron y el escalofrío del miedo. ¡Si al ménos ella hubiera sentido la necesidad de dormir bien, uno de esos sueños pesados con que el cuerpo descansa y se repone de las fatigas que produce el trepar á las montañas!.... Mas no: hasta el amanecer se oían en el cuarto de aquellas mujeres risas estrepitosas, canciones y el ruido que hacen al destaparlas las botellas de champagne. A aquellas horas impropias hacían que les subieran fiambres estimulantes, y rodaban las mesas hasta el centro de la habitacion para jugar á las cartas.... y todo esto pasaba sobre la cabeza del Ministro, cuyas habitaciones caían precisamente debajo.

Muchas veces éste se habia quejado á la dueña, que estaba indecisa entre el deseo de ser agradable á Su Excelencia y el temor de descontentar á clientes tan productivos. Despues de todo, no hay mucho derecho para ser exigente en esas fondas de los pueblos de baños, siempre agitadas y en movimiento por los que se van y por los que llegan, de noche como de dia, con los baules que arrastran, con las gruesas botas, los bastones herrados de los que suben á las neveras y que madrugan, y las toses de los enfermos, esas toses horribles, desgarradoras, que no cesan nunca....

Aquellas noches pasadas en blanco, noches pesadas de Julio, que Roumestan pasaba agitado por insomnios febriles, dando con el cuerpo vueltas en su lecho y con importunos pensamientos en la mente, miéntras su vecina de arriba escandalizaba la casa, él hubiera podido emplearlos en preparar su discurso que debia pronunciar en Chambery; pero estaba muy agitado, demasiado furioso; costábale trabajo el conte-

nerse para no subir al segundo piso y echar á puntapiés del cuarto de las Bachellery al arquitecto americano, al jóven columpiador, y al juez, deshonor de la magistratura francesa en las colonias; y cogiendo por su cuello de tórtola arrulladora á la maligna cantarina, decirle de una vez por todas: ¿Cuándo acabaréis de hacerme sufrir de esta manera?» Entónces para tranquilizarse y desvanecer aquellas quimeras y aún otras más vivas y dolorosas, encendía su bujía, llamaba á Bompard, que dormía en una alcoba contigua como confidente íntimo, y juntos hablaban de la Bachellery. Para esto se lo habia llevado como agregado, aunque no sin dificultad, haciéndole abandonar la instalacion de su llueca artificial; Bompard se consolaba hablando con el Padre Olivieri, de su máquina, pues éste conocía á fondo la cría de los avestruces, por haber vivido mucho tiempo en Cap-Tobbn. A Bompard le gustaba tanto oír como hablar, y escuchaba con tanta boca abierta al Padre Olivieri, que le contaba sus viajes, su martirio, las diferentes maneras con que le habian atormentado en diversos países; aquel cuerpo, fuerte como el de un pirata, quemado, aserrado, enrodado, era una carta de muestras del refinamiento de la crueldad humana; y todo ello con el fresco abanico de plumas sedosas, interesaban mucho más al imaginativo Bompard que la historia de la Bachellery, pero estaba tan bien enseñado á ejercer su oficio de acompañante, que hasta en aquellas horas Numa lo encontraba dispuesto á enternecerse é indignarse como él, á dar á su noble cabeza, expresiones de cólera, de ironía, de dolor, segun que se trataba de las falsas cejas de la artificiosa niña, de sus diez y seis años, que podían muy bien ser veinticuatro, ó de la inmoralidad de una madre que tomaba parte en las escandalosas orgías de su hija. En fin, cuando Roumestan, cansado de declamar y de gesticular, mostraba al descubierto las debilidades de su amoroso corazon, apagaba la luz diciendo:



—Procuremos dormir....

Bompard se aprovechaba de la oscuridad para decirle ántes de irse á su alcoba :

—En tu lugar, yo sé lo que haria,....

—¿ Qué harias?

—Renovaria el contrato de la Ópera con Cardaillac.

—¡ Jamas !

Y al decir esto se tapaba la cabeza con la ropa de la cama, como para no oír el estruendo que armaban sobre su cabeza.

Una tarde, á la hora de la música, que es la más agradable, y en la que más se habla en los baños, miéntras todos los bañistas reunidos delante del establecimiento hablaban de todo y de algo más, el Ministro, viendo llegar á la señorita Bachelery luciendo un traje azul y rojo, escoltada por su estado mayor, él fué á perderse en una alameda desierta, y estaba solo, sentado en la esquina de un banco, sumido en sus preocupaciones por la melancolía de la hora y de la música lejána, cuando una sombra lenta, que se dibujaba en el suelo, hizo levantar la vista y ver á Bouchereau, el célebre médico, pálido, hinchado y arrastrando los piés. Como todas las personas visibles, el Ministro y el Médico se conocian; éste se sentó junto aquél y entablaron conversacion.

—¿ Segun parece estais enfermo, doctor ?

—Muy enfermo, dijo el otro con maneras de jabalí.... Un mal hereditario.... una hipertrofia del corazon. Mi madre y mis hermanos han muerto de esa enfermedad.... pero yo resistiré ménos que ellos á causa de mi odioso oficio ; yo duraré un año, des todo lo más.

Roumestan comprendió que era inútil tratar de consolar á aquel sabio, que sabia lo que se decia, y el enfermo doctor contiunó de esta manera :

—Nosotros los médicos, como tenemos este aire, pasamos

por gentes que no sienten nada, que no cuidan en el enfermo más que la enfermedad y no el sér humano que sufre. ¡Gran error! Yo he visto á mi maestro, Cupnytren, que pasaba por ser muy duro de cocer, llorar á lágrima viva ante un pobre niño enfermo, que decia con angelical dulzura que le fastidiaba el morir.... ¡ Y esas interpelaciones desgarradoras, esas angustias maternas, esas manos que apasionadamente os aprietan el brazo diciendo : « ¡ Salvad á mi hijo, salvadle ! » Y esos padres que se ponen muy serios para deciros con voz grave, con gruesas lágrimas que corren por sus mejillas : « Vos le sacaréis de este mal paso ; ¿ no es verdad, doctor ? » Por más que uno trate de aguerrirse, estas desesperaciones parten siempre el corazon ; y eso no puede ser bueno cuando el corazon está ya enfermo.... Cuarenta años de práctica lo hacen cada dia más vibrante, más sensible. Mis enfermos son los que me matan.... Yo muero de los sufrimientos de los demas.

—Yo creia que ya no practicabais, dijo el Ministro, que empezaba á conmovirse.

—¡ Oh, no, nunca ; para nadie ni por nadie ! Aunque viera caer ahí mismo á un hombre, no me inclinaria para levantarlo.... Comprended que al fin es repugnante que yo mismo agrave mi mal, que he alimentado con los de todos los demas. Yo quiero vivir.... No hay más bien que la vida.

Su palidez era mortal ; pero se animaba hablando, y exhalando un triste suspiro añadió :

—Ya no practico ; mas no puedo librarme de ser médico, puesto que conservo este dón fatal del diagnóstico, esta horrible segunda vista que sin querer descubre el síntoma latente, el sufrimiento que quieren ocultar, que ve al moribundo de mañana, el cadáver inerte en la persona que pasa y que apenas miro ; que anda, habla y se imagina ser fuerte y estar llena de vida.... Y esto es tan evidente como el síncope que veo



adelantarse, y en el que quedaré, con un desvanecimiento del que no habrá nada que me pueda hacer volver.

— ¡Espantoso! murmuró Numa palideciendo, y cobarde ante la enfermedad y la muerte, como todos los meridionales, se apartó del temible sabio, no atreviéndose á mirarlo cara á cara, temiendo que leyera en su rubicunda cara los síntomas de un próximo fin.

— ¡Ah, continuó diciendo el Doctor: ese terrible diagnóstico que todos me envidian, me entristece y descompono el resto de vida que me queda..... Escuchad: conozco aquí una pobre mujer, cuyo hijo murió hace diez ó doce años, de una laringitis. Yo lo habia visto dos veces, y solo entre todos, señalé la gravedad del mal. Hoy encuentro aquí á esa madre con una hija, y puedo aseguraros que la presencia de esas desgraciadas me causa más mal que bien me harán los baños. Ellas me persiguen, quieren consultarme, y yo me niego absolutamente..... No necesito ascultar á esa niña para saber que está condenada. Me basta con haberla visto el otro día arrojarle con voracidad sobre un plato de frambuesas, haber visto en la inhalacion su flaca mano, de la que se caen las uñas, levantándose por encima de los dedos como prontas á separarse. La pobre padece la misma tisis laríngea que su hermano, y morirá ántes de un año..... Pero que se lo digan otros. Yo he dado ya bastante de esas puñaladas, que se vuelven contra mí, y no daré más.

Roumestan se habia levantado lleno de espanto y le dijo:

— ¿Sabeis el nombre de esa señora?

— No; me enviaron su tarjeta pero ni la quise ver. Sólo sé que están en esta fonda.

Y de repente, mirando hácia la extremidad de la alameda, exclamó:

— ¡Ah, Dios mio! ¡ Vedlas allí.....! Yo me escapo.

Allá abajo, en la explanada donde la música tocaba su ale-

gro final, era de ver el movimiento de sombrillas, de vestidos de vivos colores, agitándose en la enramada al sonar las campanas de las fondas inmediatas, que llamaban á los bañistas á comer. De un grupo animado se separaban las señoras Le Quesnoy; Hortensia, alta, esbelta, vestida de muselina clara, cubierta con un sombrerillo guarnecido de rosas naturales, de las que también llevaba un ramo en la mano, al ver llegar á su cuñado le dijo:

— ¿ Con quién hablabais, Numa? Me pareció que era con el doctor Bouchereau.

Ella estaba delante de él deslumbrante, rebosando juventud, feliz; tanto, que la misma madre empezaba á tranquilizarse, dejando reflejar en su arrugada faz la alegría atractiva que le era natural.

— Sí, era Bouchereau, que me contaba sus miserias..... El pobre ha bajado mucho.....

Mirando á su cuñada, Numa se tranquilizó, pensando que el doctor estaba loco. Como él se va á morir, piensa que todo el mundo se muere.

En aquel momento apareció Bompard, corriendo, con un periódico en la mano.

— ¿ Qué hay? preguntó el Ministro.

— ¡ Gran noticia! El tamborilero ha hecho su estreno.....

Hortensia murmuró: « ¡ Al fin! », y Numa, lleno de gozo, dijo:

— Éxito completo, ¿ no es verdad?

— ¿ Qué piensas tú.....? Aun no he leído el artículo; pero llena tres columnas del *Mensajero*.

— Ese es otro de los que yo he inventado, dijo el Ministro, que se habia sentado, y echando atras las solapas de la levita, metió los pulgares por los costados del chaleco, y añadió:

— Vaya, lee.

Madama Le Quesnoy observó que la campana los llamaba



á comer; pero Hortensia replicó con viveza que no era más que el primer toque; y con una mano en la mejilla, en actitud de mucha curiosidad, escuchó lo que Bompard empezó á leer:

«Al ministro de Nobles Artes y al director de la Opera, debe el público parisiense la grotesca mixtificación de que anoche ha sido víctima.»

Al oír esto, todos se estremecieron ménos Bompard, quien, preocupado con leer bien, no se hacía cargo de lo que leía, y los miraba alternativamente, sorprendido con el disgusto que mostraban.

—Adelante, dijo Numa, adelante.

«En todo caso, hacemos responsable á Mr. Roumestan. Él es quien nos ha traído de su provincia ese extraño y salvaje flautin, ese pito bueno para hacer bailar á las cabras....»

—¡Qué gente más mala hay en el mundo.....! dijo la jóven palideciendo.

El lector continuó, abriendo desmesuradamente los ojos para ver las enormidades que seguían:

«..... Cabras, á las que nuestra Academia de Música ha debido reunir para festejarlas, una noche, á su vuelta de la feria de Saint Cloud. Verdaderamente, se necesitaba un famoso pito para creer que París....»

El Ministro le arrancó de un manotón el periódico, diciendo:

—¿Hasta cuándo nos vas á estar leyendo esas tonterías....? ¿No te basta con haber traído el periódico?

Numa hojeó el periódico con la rapidez del hombre público acostumbrado á las invectivas de la prensa. «.....Ministro provincial.... lindo descubridor de danzantes.... el Roumestan de Valmajour, sellaba al Ministerio y desgarraba el cuero de su tamborin....» No quiso leer más; ocultó el maldiciente periódico en el fondo de un bolsillo; levantóse bufando de

cólera, y tomando del brazo á madama Le Quesnoy, dijo:

—Vamos á comer, mamá.... Esto me enseñará á no comprometerme más por un atajo de miserables....

Los cuatro en fila se dirigieron al comedor; Hortensia iba con los ojos bajos y consternada. «Se trataba de un artista de mucho talento, decía, tratando de asegurar el timbre de su voz, un poco velada, y no debe hacerse responsable de la injusticia del público ni de la ironía de los periódicos.»

Roumestan se detuvo, diciendo: «Talento.... talento.... bien, si no digo lo contrario, pero demasiado exótico....» Y levantando la sombrilla, añadió, dirigiéndose á su cuñada: «Guardémonos del Mediodía, hermanita, guardémonos. No abusemos, París se fatigaria»; y continuó andando á pasos contados, impasible y frío como un habitante de Copenhague. El silencio no fué ya turbado más que por el ruido que hacían sus pasos por la gruesa arena. Cuando estuvieron delante del hotel, de cuya inmensa sala salía por diez ventanas el ruido de las cucharas y de los platos, Hortensia se detuvo, y levantando la cabeza, dijo:

—¿De manera que ahora abandonaréis á ese pobre mozo?

—¿Y qué harémos? No hay medio de luchar, puesto que París no lo quiere....

La jóven lanzó una mirada de indignación, casi de desprecio.

—¡Oh, es espantoso lo que decís....! Pues bien, yo soy más orgullosa y fiel á mis entusiasmos; y así diciendo, subió en dos saltos la escalinata de la fonda.

—Hortensia, el segundo toque ha sonado, le dijo la madre.

—Sí, sí, ya bajo.

Subió á su cuarto; encerróse por dentro; sentóse ante el pupitre; sacó una de las fotografías que se había hecho con el vestido de provenzala; escribió debajo una línea, y la firmó. Mientras escribía el sobre, el reloj dió las seis. Hortensia



miró por la ventana el valle y las altas y sombrías montañas, y como si hablara consigo misma, decía en alta voz:

«Mi vida, toda mi vida la comprometo en este instante.» Ella tomaba como testigo de su compromiso la solemnidad de la noche, la majestad de la Naturaleza, el grandioso recogimiento de cuanto la rodeaba.

Había comprometido su existencia. ¡Pobre niña, si hubiera sabido qué poca cosa comprometía!

Algunos días después las señoras Le Quesnoy dejaban la fonda, y la madre, aunque más tranquila al ver la nueva apariencia de la hija, y lo que decía el mediquillo sobre el milagro operado por la ninfa de las aguas, deseaba salir pronto de los baños, porque todo en ellos le recordaba su antiguo martirio.

—¿Y vos, Numa?

—¡Oh! Él pensaba quedarse una ó dos semanas y aprovecharse de la tranquilidad en que lo dejaría la marcha de la familia para escribir su famoso discurso, verdadero acontecimiento político, del que tendrían conocimiento en París, pero que estaba seguro no agradaría á Mr. Le Quesnoy.

Aunque dispuesta para partir, y contenta de volver á su casa y de volver á ver á los queridos ausentes, que la distancia le hacía querer más, Hortensia se entristecía al dejar aquel hermoso país y sus amigos improvisados. ¡Oh criaturas amantes, vosotras que os entregáis, que os sentís atraídas por la novedad, qué dolor sentís cuando teneis que romper esos lazos invisibles que excitan vuestra sensibilidad! ¡Habían sido tan buenos para ellas, tan atentos, y á última hora se tendían hácia ella en torno del carruaje tantas manos, tantas fisonomías enternecidas! Las jóvenes la abrazaban exclamando: «¡Oh, la alegría se va con vos!» Se prometían escribirse; cambiaban sus recuerdos, y mientras Mr. Langeron deslizaba en su saco de noche un frasco de chartreuse refinado, Hor-

tensia veía allá arriba, detras del vidrio de la ventana de su cuarto, á la montañesa que le había servido, enjugarse las lágrimas con su pañuelo de malvas, y oía murmurar á su oído estas palabras:

—«Se va la alegría de la casa.»

Su amigo, el tísico, encaramado en los estribos del coche, le dirigía una mirada de despedida, y Hortensia, conmovida como cuantos la rodeaban, decía:

—¡Adios, adios todos!

El Ministro, que quería acompañar á las señoras hasta la próxima Estacion, se sentó frente á ellas en el coche. Ya se oían los chasquidos del látigo y el ruido de los cascabeles, cuando Hortensia exclamó: «¡Mi sombrilla! La tenía aquí hace un instante». Veinte personas corrieron á buscarla; pero ella decía:

—No la busqueis.... yo sé dónde está. Y saltando con gran rapidez á tierra, corrió al jardín.... La sombrilla estaba en el banco donde ella acostumbraba á sentarse. ¡Qué horas deliciosas había pasado en aquel rincón frondoso! ¡qué confianzas desaparecidas con las abejas y las mariposas que las habían escuchado! Sin duda ya no volveré más. Y este pensamiento le oprimía el corazón y la retenía; hasta los chirridos del columpio le parecían entónces agradables. De pronto oyó una voz que decía:

—¡Tú me fastidias!.....

Era la voz de la señorita Bachellery, que, furiosa al verse abandonada, y creyéndose sola con su madre, le hablaba en su estilo habitual. Hortensia pensaba en las zalamerías filiales de la cantarina, que tantas veces le habían repugnado, y volvía riendo hácia el carruaje, cuando, al volver una alameda, se encontró cara á cara con el doctor Boucherau.

Ella se apartó, pero él la detuvo por un brazo.

—¿Segun eso nos abandonais, hija mía?



— Sí, señor.....

Ella no sabía qué responder, sobrecogida con el encuentro de aquel señor que le hablaba por primera vez. Él tomó entre las suyas las manos de la joven, y la estuvo mirando fijamente en silencio; pero sus labios, sus manos, todo él temblaba, y parecía que una oleada de sangre trasformaba en vivo rojo su palidez:

— Pues adios..... buen viaje; y así diciendo, la atrajo contra su pecho con la ternura de un abuelo, y luego se fué llevando ambas manos sobre el corazón.

### XIII.

#### El discurso de Chambéry.

No, no, yo me hago golondrina, y tomo el vuelo,  
Y tomo el vuelo batiendo las alas.....

De buen humor y con su voz agrídulce y límpida se había levantado aquella mañana la pequeña Bachellery; y ya estaba envuelta en un gaban fantástico con capucha de seda azul, puesta una toquilla rodeada de un gran velo de gasa, y se abotonaba los guantes cantando delante del espejo, dispuesta para una excursión su alegre personita, que exhalaba un agradable olor de ropa fresca y de vestido nuevo. La corrección de su bien ajustado traje contrastaba con el desorden del cuarto, en donde se veían los restos de la cena sobre la mesa, en medio de las fichas, de las barajas y de las bujías, y cerca de la cama, medio deshecha, había una gran tina llena de suero de Arvillard, excelente para calmar los nervios y sartinar el cútis de las bañistas.

Á la puerta de la fonda esperaba el carruaje; los caballos piafaban haciendo sonar los cascabeles, y los de la joven escolta caracoleaban delante de la escalinata.

Ya estaba lista para salir cuando llamaron á la puerta.

— Adelante.

Roumestan entró muy conmovido, y dándole un pliego cerrado, le dijo: